

# ¿De la gran inclusión a la gran expulsión?

**Estados Unidos ha demostrado una extraordinaria capacidad para absorber a millones de inmigrantes. Pero el camino nunca estuvo libre de escollos.**

**[RUBÉN G. RUMBAUT](#)**

**15 ENERO 2017 - EL PAÍS**     [*\*English translation attached below*]

Aunque los titulares de prensa parezcan indicar otra cosa, en un mundo de más de 7.000 millones de habitantes, sólo el 3% son [migrantes internacionales](#), personas que viven fuera del país en el que nacieron. Aun así, cada vez son más los que emigran, sobre todo desde el sur del planeta hacia el norte, y, en ese proceso, el mundo sufre una transformación inevitable. Vivimos en una época en la que la proporción de [personas ricas \(y mayores\)](#) cada vez es menor, y cada vez mayor la de personas pobres (y jóvenes); las [presiones migratorias](#) aumentan sin cesar como consecuencia de las desigualdades mundiales y de conflictos irresolubles; y los países más desarrollados se encuentran en una crucial encrucijada demográfica y laboral.

La inmigración es una fuerza transformadora, que produce cambios sociales profundos e imprevistos tanto en las sociedades de origen como en las de acogida, en las relaciones entre los distintos grupos dentro de las sociedades de acogida y entre los propios inmigrantes y sus descendientes. La inmigración va acompañada, no sólo de procesos de aculturación por parte de los inmigrantes, sino también de medidas políticas de los Estados para controlar las oleadas. También conlleva distintos tipos de reacciones de los residentes establecidos y de sus políticos, que pueden considerar que los recién llegados son amenazas culturales o económicas. [El miedo al extranjero](#) —la xenofobia de la llamada sociedad del menosprecio— crece en mayor o menor medida con todas las formas de migraciones internacionales y se ve agudizado por la crisis económica global, los atentados terroristas, la guerra y la afluencia de refugiados.

Una característica fundamental de la historia de Estados Unidos ha sido la extraordinaria capacidad de la llamada nación de inmigrantes para absorber, como una esponja gigante, a decenas de millones de personas de todas las clases, todas las culturas y todos los países. Sin embargo, esa virtud admirable ha coexistido siempre con [una cara más sórdida del proceso de construcción](#) y concepción nacional. De hecho, gran parte de la historia estadounidense puede verse como un proceso dialéctico de los procesos de inclusión y exclusión y, en casos extremos, de expulsiones y deportaciones forzadas.



Ver fotogaleríaBarco de inmigrantes rumbo a Ellis Island en 1906. THE GRANGER COLLECTION / CORDON PRESS

La magnitud de estos procesos de inclusión podría contarse a través de [la historia de dos ciudades](#). La primera, [Nueva York, ciudad de inmigrantes](#) por antonomasia. Desde 1820 (cuando se empezó a guardar registro de las llegadas) hasta 1892 (el año en que empezó a funcionar el puesto de la isla de Ellis, en la entrada al puerto de Nueva York, junto a la Estatua de la Libertad colocada en 1886), los inmigrantes llegaban

en barco a los muelles en la punta de Manhattan y después pasaban por el cercano Castle Garden (el primer centro de recepción de inmigrantes en EE.UU.). Más de 100 millones de estadounidenses son descendientes de aquellos (en su inmensa mayoría, europeos) que llegaron en esas primera olas de inmigración.

Más tarde, desde 1892 hasta su cierre en 1954, la isla de Ellis fue el puerto de entrada de más de 12 millones de personas y el centro de inspección de inmigrantes con más tráfico de Estados Unidos, sobre todo entre 1905 y 1914. A partir de 1924, ese islote sirvió principalmente como centro de detención y deportación. Otros 100 millones de estadounidenses descienden de personas que llegaron entonces a la isla de Ellis y se repartieron por todos los rincones del país. Es decir, más de la mitad de la población estadounidense actual (320 millones de habitantes) tiene antepasados que entraron por la ciudad de Nueva York entre la década de 1820 y la de 1920.

En la costa oeste, las cosas se desarrollaron de manera muy distinta, especialmente en [Los Ángeles, que hoy en día es la principal metrópoli inmigrante](#) del mundo. Resulta difícil exagerar la transformación demográfica que ha experimentado California en el último medio siglo. En 1960, Los Ángeles aún era la más blanca y la más protestante de las grandes ciudades del país. A finales de los años ochenta, un tercio de todos los inmigrantes que entraban en Estados Unidos se establecía en California; hoy, de los 10 millones de personas residentes en el condado de Los Ángeles (el más grande del país), el 72% pertenece a minorías étnicas (es decir, 7,2 millones de personas, una cifra muy superior a la de la mayoría de los estados de EE UU). El sur de California alberga la mayor concentración de mexicanos, salvadoreños, guatemaltecos, filipinos, coreanos, japoneses, taiwaneses, vietnamitas, camboyanos e iraníes, fuera de sus respectivos países de origen, y tiene también contingentes notables de armenios, chinos continentales, hondureños, indios, laosianos, rusos, judíos israelíes y árabes procedentes de varios países, entre otros. La mayoría de los grandes grupos de inmigrantes llegados a Estados Unidos desde los años sesenta se ha establecido sobre todo en el área metropolitana de Los Ángeles.

En la actualidad, los inmigrantes representan más del 25% de los 38 millones de personas [residentes en California](#), y más de la cuarta parte de todos los inmigrantes del país vive en dicho estado. Esto se debe a varios factores: la ley de inmigración de 1965 (que revocó una ley racista de 1924 que imponía cuotas por país de origen), el reasentamiento de cientos de miles de refugiados de Cuba durante la Guerra Fría y de Vietnam, Laos y Camboya al terminar la guerra de Indochina en 1975, y la amnistía concedida por la ley de reforma y control de la inmigración a los inmigrantes indocumentados de 1986.

El [censo de población](#) de 1970 tenía la menor proporción de personas nacidas en el extranjero de toda la historia de Estados Unidos: 4,7%. Hoy, esa proporción es del 13% a nivel nacional, cerca del récord histórico del 14,8% en los últimos años del siglo XIX y primeros del XX.

**La diversidad étnica y nacional de los inmigrantes contemporáneos en Estados Unidos palidece si se compara con la diversidad de su extracción social**

La diversidad étnica y nacional de los inmigrantes contemporáneos en Estados Unidos palidece si se compara con la diversidad de su extracción social. En la actualidad los grupos con mayor y menor nivel educativo están notablemente formados por inmigrantes. Esto es un reflejo de los tipos de inmigración, diametralmente opuestos, sedimentados en distintos contextos históricos —e insertos en un mercado laboral tipo “reloj de arena”, cada vez más dividido entre sector tecnológico con alta remuneración frente a sector manual con baja remuneración, que atrae tanto a inmigrantes profesionales como a trabajadores sin papeles—.

Estos últimos se han convertido, especialmente en las últimas décadas, en [el elemento más controvertido de la política de inmigración](#). De los 43 millones aproximados de inmigrantes que viven hoy en Estados Unidos, un poco más de la cuarta parte —se calcula que unos 11 millones— son [indocumentados](#). Varios millones llegaron de niños; algunos de ellos, los llamados “*dreamers*” (soñadores), se han beneficiado de las [acciones ejecutivas del presidente Obama](#), que pretenden proporcionarles estatus legal provisional, acceso al mercado laboral y permitirles obtener el permiso de conducir para protegerles del riesgo de expulsión y tratar de integrarlos en la sociedad.

Ahora ante la impensable llegada al poder de un demagogo estamos a punto de iniciar un periodo lleno de incertidumbres que quizá acabe siendo uno de los más trágicos y vergonzosos en la historia de la “nación de inmigrantes”. [Trump comenzó su campaña presidencial](#) acusando falsamente a los inmigrantes mexicanos de ser delincuentes y violadores y proponiendo la construcción de un muro en la frontera, proponiendo el fin de la ciudadanía por nacimiento (una señal de identidad del derecho constitucional estadounidense desde el final de la Guerra de Secesión), anunciando el establecimiento de un registro de musulmanes, la reducción de la acogida a refugiados (o la negativa de asilo a nacionalidades enteras), la retirada de la financiación federal a las *ciudades santuario* [que protegen a los inmigrantes indocumentados] y un enorme incremento de la detención y la deportación de inmigrantes —que ya están en un nivel sin precedentes—.

Estamos a punto de iniciar un periodo lleno de incertidumbres que quizá acabe siendo uno de los más trágicos y vergonzosos en la historia de la “nación de inmigrantes”

[El momento actual remite](#) a los *Know Nothing* de mediados del XIX y su violento anticatolicismo; a los movimientos nativistas posteriores contra los inmigrantes del sur y el este de Europa, que culminaron en la racista y restrictiva ley de cuotas por país de procedencia de 1924; a la histeria antialemana de la Primera Guerra Mundial. También trae a la memoria muchos otros movimientos de exclusión: como el desplazamiento forzoso de poblaciones indígenas, la ley de expulsión de chinos de 1882 (un año antes de que [Emma Lazarus escribiese su poema](#) grabado en la Estatua de La Libertad), el acotamiento de una zona prohibida a los asiáticos de 1917, el [internamiento de estadounidenses de origen japonés](#) durante la Segunda Guerra Mundial, y la repatriación (expulsión forzosa) durante los años treinta del siglo XX de un millón de estadounidenses de origen mexicano (más de la mitad eran ciudadanos estadounidenses), es decir, el destierro de cerca de un tercio del número total de mexicanos estadounidenses que había en aquella época.

La “nación de la deportación” de la actualidad se ha forjado mediante [la militarización de la frontera](#); la aprobación en 1996 de unas leyes federales draconianas que ampliaron enormemente las categorías de delitos que forzaban la expulsión; la creación de una temible y bien dotada maquinaria para la detención y deportación de inmigrantes; el bloqueo ante cualquier reforma sustantiva de la legislación federal, incluida [la Ley DREAM de la administración Obama](#); y la proliferación de leyes y normativas estatales y locales que pretenden controlar la inmigración a pequeña escala pese a los dictados constitucionales en sentido opuesto.

Resulta irónico que Barack Obama, que llegó a la presidencia tras haber prometido reformar las leyes de inmigración, abandonará el cargo después del [periodo en que se han producido el mayor número de deportaciones de la historia de EE UU](#). La historia puede que no se repita, pero resuenan ecos.

---

**Rubén G. Rumbaut**, experto en la inmigración estadounidense, es profesor distinguido de sociología en la Universidad de California.

# From the Great Inclusion to the Great Expulsion?

Rubén G. Rumbaut

*El País*, IDEAS - 15 January 2017

[English version of: [http://internacional.elpais.com/internacional/2017/01/13/actualidad/1484322393\\_809504.html](http://internacional.elpais.com/internacional/2017/01/13/actualidad/1484322393_809504.html)]

Surprisingly, to judge from the headlines, in a world of more than 7 billion people only 3 percent are international migrants, living outside the countries where they were born. Still, the world is increasingly on the move, especially from the global south to the global north, being ineluctably transformed in the process. We live in a world with a declining proportion of rich (and older) people and a growing proportion of poor (and young) people; in which migration pressures will continue to mount as a result of global inequalities and intractable conflicts; and in which the more developed countries are at a crucial demographic and labor force crossroads.

Immigration is a transformative force, producing profound and unanticipated social changes in both sending and receiving societies, in intergroup relations within receiving societies, and among the immigrants themselves and their descendants. Immigration is followed predictably not only by acculturative processes on the part of the immigrants, but also by state policies that seek to control the flows and by different forms of reaction on the part of established residents and politicians, who may view the alien newcomers as cultural or economic threats. The fear of the foreigner—the xenophobia of what has been called a “society of contempt” (“la sociedad del menosprecio”)—has been variously rising in tandem with all forms of international migrations, exacerbated by a global economic crisis, terrorist attacks, war, and refugee flows.

An iconic feature of the American experience has been the remarkable capacity of that self-professed “Nation of Immigrants” to absorb, like a giant global sponge, tens of millions of newcomers from all classes, cultures and countries. This phenomenal accomplishment, however, has historically coexisted with a seamier side of the process of nation building and design. Indeed, much of American history can be seen as a dialectic of processes of inclusion and exclusion, and in extreme cases of expulsions and forced removals.

The magnitude of processes of inclusion might be conveyed by a tale of two cities. Take New York, the quintessential American immigrant city. From 1820 (when records on arrivals began to be kept) to 1892 (the year that Ellis Island opened at the entrance to New York harbor, adjacent to the Statue of Liberty, which had been installed on its pedestal in 1886), immigrants arrived by ship first at docks on the tip of Manhattan, and then through nearby Castle Garden (the nation's first immigrant processing facility). More than 100 million Americans can trace their (overwhelmingly European) ancestors to this early immigrant period. Then from 1892 until it closed in 1954, Ellis Island became the gateway for over 12 million immigrants as the country's busiest immigrant inspection station, with the lion's share coming in the decade between 1905 and 1914; after 1924 Ellis Island became primarily a detention and deportation facility. Another 100 million Americans are descended from those immigrants who first arrived at Ellis Island before dispersing to points all over the country. Thus, stunningly, over half of the U.S.

population of 320 million today can trace their origins to newcomers who entered through New York City in the century between the 1820s and 1920s.

On the west coast, the story developed quite differently—especially in Los Angeles, which has emerged as the premier immigrant metropolis in the world today. It is difficult to overstate the demographic transformation of California that has ensued over the past half century. As late as 1960 Los Angeles was the whitest, most Protestant major city in the country. By the end of the 1980s, however, fully a third of all immigrants to the U.S. had settled in California; and today, of the 10 million people in Los Angeles County (the nation's largest county), 72 percent are ethnic minorities (i.e., 7.2 million people, significantly larger than the populations of most states of the U.S.). Indeed, Southern California is home to the largest concentrations of Mexicans, Salvadorans, Guatemalans, Filipinos, Koreans, Japanese, Taiwanese, Vietnamese, Cambodians, Iranians, and other nationalities found outside of their respective countries of origin—and to sizable contingents of others, such as the Armenians, mainland Chinese, Hondurans, Indians, Laotians, Russian and Israeli Jews, and several Arab nationalities. Most of the largest immigrant nationalities that have settled in the United States since the 1960s have established their primary settlements in greater Los Angeles.

Today, immigrants still account for over a quarter of California's population of 38 million people, and over a quarter of all of the nation's immigrants reside in California. They benefited from the 1965 Immigration Act (which repealed the racist 1924 National Origins Quota Act), the resettlement of hundreds of thousands of Cold War refugees from Cuba and from Vietnam, Laos and Cambodia after the end of the Indochina War in 1975, and the amnesty provisions of IRCA to undocumented immigrants in 1986. The 1970 population census counted the lowest proportion of foreign-born people in U.S. history: 4.7 percent. Today, that share is over 13 percent nationally, nearing the historic high of 14.8 percent set in the late 1890s and early 1900s.

The ethnic and national diversity of contemporary immigrants in the U.S. pales in comparison to the diversity of their social class origins. By far the most educated and the least educated groups in the United States today are immigrants, a reflection of polar-opposite types of migrations embedded in different historical contexts—and inserted in an “hourglass-shaped” labor market, increasingly bifurcated into high-tech/high-wage and manual/low-wage sectors, which attracts both immigrant professionals and undocumented laborers.

The latter have, over the past two decades in particular, emerged at the most contentious element in the politics of immigration. Of the approximately 43 million immigrants in the U.S. today, just over a fourth—an estimated 11 million—are undocumented. Several millions of them came as children; a segment of these, the "Dreamers," have been the beneficiaries of "deferred action" policies by President Obama aiming to incorporate them by providing them with temporary legal status, access to the legal labor market and driver's licenses, and security from deportation.

The United States today—with the improbable rise to power of a demagogue who began his campaign for the presidency by falsely attacking Mexican immigrants as criminals and rapists, proposing the construction of a wall along its southern border, the ending of birthright citizenship (a hallmark of U.S. constitutional law since the end of the Civil War), the establishment of a Muslim registry, the reduction of refugee resettlement (or denial of refuge to entire nationalities), federal defunding of "sanctuary cities," and vast increases in immigrant detention and deportations from already record highs—is about to embark on an uncertain era... potentially one of the most tragic and shameful in the history of “Immigrant America.”

The current moment harkens back to the Know Nothings of the mid-19th century and their virulent anti-Catholicism; the later nativist movements against Southern and Eastern Europeans, culminating in the restrictionist and racist National Origins Quota Act of 1924; the anti-German hysteria

of WWI; and exclusions ranging from the forced removal of indigenous populations, to the Chinese Expulsion Act of 1882 (the year before Emma Lazarus penned her poem welcoming the huddled masses yearning to breathe free), the Asiatic Barred Zone of 1917, the internment of Japanese Americans during WWII, and the "repatriation" (forced removals) during the 1930s of a million Mexican Americans (over half of whom were U.S. citizens), representing an estimated one third of the total Mexican American population in the U.S. at the time.

Today's "Deportation Nation" has been forged by the militarization of the border; the passage of draconian federal laws in 1996 that greatly expanded the categories of deportable offenses; a formidable and well-funded machinery for immigrant detention and deportation; the shutdown of any meaningful federal reform legislation, including the "DREAM Act;" and the proliferation of hundreds of state and local laws and ordinances seeking to control immigration at the local level despite constitutional mandates to the contrary. Ironically, President Obama, who entered office on campaign promises of immigration reform, will leave office having presided over the largest number of deportations in American history. History may not repeat itself, but it echoes.

-----

## IDEAS

# Historia de una familia



## [JOSÉ BURUCÚA](#)

El escritor recorre el siglo XX a través de la odisea de sus ancestros, símbolo de la inmigración como fuerza global



Peña Nieto y Trump el 31 de agosto de 2016 durante la polémica visita del entonces candidato a la Casa Blanca a México. DANIEL CÁRDENAS GETTY

## México frente a Trump

[JORGE G. CASTAÑEDA](#)  
[ARMANDO RÍOS PITER](#)

Erigir un muro fronterizo es un acto hostil. El sentimiento antiinmigrante se ha instalado en Estados Unidos. El Gobierno de Peña Nieto debe ser firme en sus respuestas

----

Rubén G. Rumbaut  
Visiting Scholar, Russell Sage Foundation, 2016-2017  
Distinguished Professor, University of California, Irvine  
[http://www.faculty.uci.edu/profile.cfm?faculty\\_id=4999](http://www.faculty.uci.edu/profile.cfm?faculty_id=4999)